

«¿Quién te ayuda más a descubrir el sentido de nuestra experiencia?»

«HUELLAS DE EXPERIENCIA CRISTIANA»

14. Autoridad única

por Luigi Giussani*

La autoridad suprema es aquella en la que encontramos el sentido de toda nuestra experiencia: Jesucristo es esa autoridad suprema, y su Espíritu es quien nos lo hace comprender, abriéndonos a la fe en Él y a la fidelidad a su persona.

«Como el Padre me ha enviado a mí, así os envío yo»¹: los apóstoles y sus sucesores (el papa y los obispos) constituyen en la historia la continuación viva de la autoridad que es Cristo. En su dinámico sucederse en la historia y multiplicarse en el mundo, el misterio de Cristo es propuesto sin descanso, clarificado sin errores y defendido sin compromisos. Ellos constituyen, pues, el lugar en el que la humanidad puede alcanzar el verdadero sentido de su existencia, con su profunda evolución, como una fuente segura y continuamente nueva.

Lo que el genio es al clamor de la necesidad humana, o el profeta al de la espera humana, son ellos al anuncio de la respuesta. Pero igual que la respuesta auténtica es siempre incomparablemente más precisa y concreta que la espera –inevitablemente vaga o sujeta a ilusiones–, también ellos son como roca definitiva y segura: infalible. «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia»².

Su autoridad no solo constituye el criterio seguro para esa visión del universo y de la historia que es la única que agota su significado, sino que también es estímulo vivo y tenaz para una cultura auténtica, sugerencia incansable de una visión total, condena inexorable de cualquier exaltación de lo parcial y de toda idealización de lo contingente, esto es, de todo error y de toda idolatría. Su autoridad es, por tanto, la guía última en el camino hacia una genuina convivencia humana, hacia la *verdadera civilización*.

Allí donde esa autoridad no está viva y vigilante, o bien es combatida, el camino humano se complica, se hace ambiguo, se altera, se desvía hacia el desastre, aunque el aspecto exterior parezca potente, florido, sagacísimo como hoy día. Donde esa autoridad es activa y respetada, el camino de la historia se renueva con seguridad y equilibrio hacia aventuras más profundas de genuina humanidad, aunque las técnicas de expresión y convivencia sean rudimentarias y duras.

Conviene subrayar una observación importante. Fue el don del Espíritu el que hizo evidente a los apóstoles el valor de Cristo como «camino, verdad y vida»³; y eso hizo posible en »

¹ Cf. Jn 20,21.

² Mt 16,18.

³ Jn 14,6.

* Del libro *Huellas de experiencia cristiana*, Encuentro, Madrid 2009, pp. 93-96.

» ellos aquella entrega consciente y luminosa que constituyó la raíz de su irresistible coraje y de la vehemente seguridad con que afirmaron a su Maestro frente a la cultura y la civilización de entonces.

Todavía hoy, el don del Espíritu es el que permite descubrir el significado profundo de la *autoridad eclesial* como orientación suprema para el camino humano. He aquí de dónde nace ese abandono último, esa obediencia altamente consciente a ella, porque ya no es ella el lugar de la ley, sino el lugar del amor. Fuera del influjo del Espíritu uno no puede comprender la experiencia de esa devoción definitiva que liga al «fiel» con la *autoridad*, devoción que se afirma a menudo en la cruz de la mortificación de la genialidad o el plan de vida personales.

De todo lo que hemos meditado un poco más arriba podemos también concluir, por tanto, que sin el don del Espíritu el hombre no sabe reconocer a los maestros de la verdadera civilización, y la humanidad no encuentra la fuerza y la sabiduría para construir un camino unitario, equilibrado y luminoso.